



NÚMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincias.—Mes, 1 peseta; Trimestre, 2'50; Semestre, 5;
Año, 10 — Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 2, céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de
Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

¡TORPEZA INCONCEBIBLE!

Los católicos se envanece, y con justa razón, de sus mártires, y nos ponderan su fe, sus virtudes y su heroísmo. ¿Por qué, pues, cuando la ocasión de imitarlos se les presenta, la desperdician neciamente?

Los sucesos de Valencia, prescindiendo de tantos otros, parecían como preparados por la Providencia para que diesen testimonio de su fe unos cuantos beatos y unos cuantos obispos. Y, sin embargo, ¡qué decepción! ¡qué desencanto!

Ni uno, ni uno solo de tantos millares de peregrinos demostró siquiera deseos de recibir una pedrada herética; el que la recibió fué porque no pudo humanamente evitarlo.

Pero no es esto lo más sensible; lo más sensible es que los santos obispos, cuyo ardor y celo por la religión no pueden ponerse en duda, puesto que cobra cada uno muchos miles de duros anualmente por haberlos demostrado, guardaran sus ilustrísimas personas con el mismo fervor que si fueran peregrinos de tres al cuarto; y que lo mismo hicieran esos predilectos hijos de la Iglesia, llamados Comillas y Cubas, que á cada paso ofrecen sus vidas y haciendas al Papa y á la religión.

¡Desgracia los
los justos que el miedo aterra!

como dijo no recuerdo quién; desgraciados, si, los que han rehuido una ocasión tan hermosa de patentizar su fe en el catolicismo, su desprecio á la carne pecadora; no volverán, no, á encontrar ocasión tan propicia.

Aparte de que no hay enseñanza más eficaz que la del ejemplo, ¡qué espectáculo ¡cielos divinos!, qué espectáculo más grandioso el que hubieran presentado quinientos ó mil peregrinos de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho, desafiando con inefable sonrisa á los sicarios del error, recibiendo las pedradas de arroyo sin que un músculo de su rostro se contrajera, y elevando á intervalos los ojos al cielo con esa expresión de esperanza que hace dulce la muerte, voluptuoso el martirio!

Y si no hubiera sido posible encontrar ese número de peregrinos dispuestos al martirio, porque entre ellos iban muchos humanos de baja extracción, ¿cuánto no habría regocijado el alma de los buenos el ver que, por lo menos los obispos y los Sres. Cubas y Comillas habían puesto en armonía sus obras con sus palabras, dando público testimonio de que no en vano alardean de católicos?

Puesto que hay que morir para entrar en los cielos, y la entrada es segura para todo aquel que muere por la fe, ¿qué importa que el fin de la vida llegue tarde ó llegue temprano? Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva; pero esto, ¿no dice claramente que la muerte del justo le es agradable, por tenerle ya acotado en el cielo el sitio que por sus virtudes ganó?

¡Ay, qué tiempos tan menguados los presentes! ¡Yo, que en los pasados apenas si me hubiera contentado con cuatrocientos ó quinientos mártires diarios para que la religión hubiera crecido en poco tiempo, contentarme ahora con seis ú ocho para que no muera, y no poder lograrlos! Esto es desesperante.

No, no son estos los tiempos de aquel Esteban que murió á pedradas, precisamente como estos hu-

bieran muerto á estimar un poco menos la materia deleznable y un poco más el alma inmortal.

Si Esteban hubiera salido corriendo (de naja) en cuanto vió que iban mal dadas, ó se hubiera agazapado tras la borda de un buque para esquivar el beso de un guijarro, ni figuraría ahora en el Santoral, ni lo eusalarían los mismos que hoy se guardan muy bien de imitarlo, olvidándose de que, ni se pescan truchas á bragas enjutas, ni se gana el cielo viviendo en palacios, comiendo sibaráticamente, ni peregrinando en coche, buques de vapor ni ferrocarriles, bien vestidos y bien calzados.

No, no pensaron esos peregrinos ni en la religión, ni en el Papa, ni en España, al encontrarse frente á frente de la chusma impia; sólo pensaron en ellos; y no para lo que enaltece y salva, sino para lo que rebaja y pierde. ¡Oh, torpeza inconcebible!

¿A qué predicamento no estaría hoy España allá en la mansión de que San Pedro es portero, si en estos tiempos de incredulidad y egoísmo, ella sola hubiera tenido valor bastante para ofrecer mártires á la admiración del mundo? ¿Cuánto hubiera ya á estas horas fructificado el árbol del catolicismo, por el sólo hecho, frecuente en otros tiempos, de regarlo con sangre de seis ú ocho mártires? ¿Cuán apenado, pero al mismo tiempo cuán orgulloso estaría el representante de Dios en la tierra, por el sacrificio de esos señores en aras de la verdad eterna? ¿Y qué cisco no habría movido á estas horas en el orbe católico mostrando á los creyentes ese alto ejemplo, á los herejes ese sacrificio sobrehumano, á los excépticos esa prueba de pasión sublime? Pero, nada; ni una abnegación provechosa; ni un arranque heroico; ni un mal mártir para un remedio.

Esto, esto es lo que hubiese hecho volver la fe á los pechos de que ha huido, al mío el primero; si; que me propinen durante veinte años treinta mártires por día, tonsurados en su mayor parte, si es posible, y confesaré públicamente mis errores, y, nuevo Sanlo, saldré por esos pueblos á catequizar herejes. Esto, esto hubiese servido al catolicismo más que todas esas protestas, esos gritos, esas vociferaciones con que nos aturden los oídos; esto habría tal vez colocado ya á don Carlos sobre el trono, aspiración más ó menos encubierta de todos los peregrinos habidos y por haber, sin protesta de los demócratas sensibles ni de los republicanos melosos.

¡Qué torpes, que torpes fueron esos peregrinos, repetiré una y mil veces, al no aprovechar un momento, que ni buscado á moco de candil, para haber senado plaza de mártires, ganando así el cielo, y asediando á la vez terrible golpe á la impiedad, que de seguro no volvería á levantar cabeza! Gloria eterna para ellos, noble orgullo para sus hijos, hermoso porvenir para España, todo eso hubiesen logrado si obran de manera que hoy pudiéramos decir: *los innumerables mártires de Valencia*. A estas horas estaríamos ya levantando una soberbia basílica en el sitio en que hubieran caído, y aguardando con ansia la llegada de los católicos de todos los continentes, y de muchos protestantes curiosos, que convertirían á Valencia en una sucursal de Roma en cuanto á lo de entrar el dinero á espuelas.

No lo han hecho, y se han perdido, y ¡ay! lo que es más doloroso aun, ¡nos han perdido!

¡No se lo perdonaré nunca!

¡Y NO HABERLO VISTO!

¡Asco! He aquí lo que he sentido estos días.

Así como Calígula exclamaba, según dicen cuantos no lo oyeron, que hubiera querido que la humanidad no tuviese más que una cabeza para tener el gusto de cortarla, yo he deseado muchas veces, y lo deseo aun, que toda la reacción clerical se encarnase en un sólo hombre, para tener el gusto de vomitar el producto de mis náuseas sobre él.

Pero, ¿á dónde voy á parar? ¿qué estilo es este? Ni lo ocurrido exige esos tonos trágicos, ni aun cuando lo exigiese debería yo emplearlos, por no parecerme á esos hipócritas que han fingido indignarse, cuando en el fondo se alegran; que no es tan frecuente esto de ver apedrear peregrinos y obispos, para renunciar á las dulces emociones que el hecho produce. Estamos tan aburridos, tan decaídos de ánimo, tan abrumados por negros pensamientos, que no es cosa de desaprovechar ocasiones de reanimarnos un poco.

Yo, francamente, después de protestar con todas las energías de mi alma contra esa horda de salvajes que llevó su cinismo y su cobardía hasta apedrear indefensos y obispos respetables, lo único que siento, de lo que no me consolaré nunca, es de no haber presenciado el espectáculo, para haber podido indignarme allí, sobre el terreno, en caliente.

¡Ver á millares de ciudadanos silbando, y á millares de peregrinos *jugando*, y á un obispo escuriendo el piadoso bulto por aquí, y á otro en su coche volando como alma que lleva el diablo; y á un cura, con una mano en la teja y la otra recogiendo la faldamenta, sin cuidarse de que se le vieran ó no las falúas donde encerraba penosamente sus pies, ni en si faltaba ó no á estos dos versos de *Marina*:

No enseñes en la playa
la pantorrilla...

¡Presenciar aquella hermosa confusión de sombreros, tejas y boinas; aquel sortear los proyectiles con más sandunga que *Lagartijo* daba el quiebro ante el toro; oír aquella mezcla encantadora de dialectos, de voces discordantes, y, aunque esto me hubiese apenado mucho, de juramentos enérgicos, lanzados por los de acá y por los de allá, porque en trances tales lo mismo jura el creyente que el ateo, el pacífico que el exaltado!...

¡El aire llevando á lo lejos el eco inarmónico de los silbidos, después de haber tenido la honra de no oponerse al paso de los cascotes que manos pecadoras, pero fuertes, lanzaban; las aguas atareadas en formar círculos á cada piedra que hería su tersa superficie; el sol, (si no se ocultaba entre nubes), sonriendo socarronamente a nuestra madre tierra!...

Aquella indiferencia ó aquel apoyo indirecto de las aguas, del aire, de los cielos, de seguro hubieran duplicado mi indignación; porque, ¿qué más habrían podido hacer si se tratara de apedrear judíos ó moriscos, ó de ojarles sencillamente la piel como en tiempos más ortodoxos ocurría en esta bendita España?

Pero en medio de aquella indignación, hubiera lanzado una serie de carcajadas impías; porque ¿quién resiste á la tentación de reírse al ver que los que iban dispuestos á morir por el Papa rey, trasladaron su fe á los talones en cuanto oyeron un silbido?

Lo dicho, no me consolaré nunca de no haber pre-

EL MOTIN



El amo de España.

Lit. E. Fernandez. Fajó 3. Madrid.

senciado la fuga de los valerosos soldados de la fe; me hubiera provisto de buen humor para el resto de mis días.

EPÍSTOLA DE UN ROMERO

Escomienzo por el fin,
Petriya. Mi garlochín
de Roma á Cádiz se escapa:
dile á nuestro chiquitín
que le guipao ya ar señó papa.

Pusimos en tierra er pie
en Chivita... no sé qué,
que disen los italiano,
pero que así en castellano,
quie desi, siudá lané.

Dempués de pasá er percause
de Valensia, en er vapor
recobramo er buen humor
y ya nadie dió á aquer lanse
así importansia mayor.

Los romeros y romera
en alegre compañía,
y cá cuar á su manera,
ó cantaban letanía,
ó entonaban petenera.

Se distinguió en el jaleo
un sacerdote mu feo,
de Jerez ó de ayi junto,
que er gachó por solideo
trae un carsetín de punto.

Por sierto que en er camino
me ha fumao tres cajetiya;
es un punto filipino
que no se gasta un camino
ni en tabaco ni en seriya.

Pensé que ar desembarcá
habría que lamentá
cuarquiera esabarisián,
pero no hubo en la estación
nada de particulá.

Eso sí, nos han yevao
condusios entre soridao
y guardias munisipatí;
vamo, que nos han tratao
asiu como á criminalé.

Dempués tomamos er tren,
y entre jorgorio y belén,
argasara, cante y grama,
padimos yegar con bien
á pone los pies en Roma.

He visitao er Coloseo
que es un edilisio feo
de ayá der tiempo é los moros,
que lo hisieron, según creo,
pá dar corrias de toros.

Y er panteón de la Agripa,
que he sabío por chiripa
que fué una mosa remana
mu flamenea y mu barbiana,
de esas que fuman en pipa.

Y el arco de Constantino
que es superior como arco;
y también vi en el camino
la estanta que un peregrino
dise que é de un tar Don Marco.

Hay aquí unos parlanchine
que los yaman siserone,
que por dos reale ruine
te dan mil esplicacione
jasta de los adoquine.

A uno de esos siudadano
le contraté antes de ayer,
y ayer mañana, temprano
nos fuimos juntos á vé
ar papa en er Vaticano.

Pero er correo vá á sali
y como er tiempo me farta,
por hoy jago punto aquí;
ya te diré en otra carta
lo que he visto y lo que oi.

El asunto lo merese;
nada más por hoy se ofrese;
ahí te va entre estos renglone
una de las bendisione
que me ha regalao León trese.

Estoy echando las muelas
jarto ya de recorrer
estas cayes y plasuelas,
y deseando volver
á abrazarte,

CASTAÑUELAS.

CONTRASTES

El gobernador de esta provincia quiso entregar su primera paga á la familia más necesitada de Madrid,

y ordenó á los delegados de los distritos que averiguasen cuál era. La relación que le presentaron horrorizaba por su número y por sus detalles.

Después de muchas perplejidades, el duque de Tamames ordenó entregar 250 pesetas á dos familias que se encontraban en idénticas condiciones.

Una de ellas vive en una bohordilla de la calle Imperial, número 3. El jefe, Felipe Sánchez Lobón, está imposibilitado, tiene su mujer enferma, y ocho hijos, todos pálidos y demacrados y medio muertos de hambre. No tienen ropas, ni muebles, ni camas.

La otra familia vive en la calle de Feijóo, número 2, cuarto 2.º Una mujer, Caridad Lara, abandonada por el esposo; nueve hijos, todos de corta edad, y una hermana de la madre, que está baldada.

Esto sí que no necesita comentarios; esto sí que es la verdadera condenación de esas farsas de caridad que se vienen representando; de esas asociaciones religiosas que saquean á todo el mundo á pretexto de socorrer la miseria; de esas sociedades de Padres de familia, que creen velar por la moralidad ejerciendo funciones reservadas hasta hoy á los de la ronda secreta; de esas peregrinaciones preparadas con fines políticos; de todas las ideas de reacción que tratan de imponerse en la España de Mendizábal; reacción temible, porque es hipócrita; exagerada, porque es falsa; intransigente, porque no cree y necesita buscar en un celo fingido la autoridad que le falta; reacción de intereses, de apetitos; cruel, pero cobarde al mismo tiempo; que no se basa en propósitos honrados, y que no tiene siquiera la disculpa del fanatismo, porque la *mestiferia* en nada cree.

Mientras esa reacción prepara peregrinaciones en que se gastan millones, amen de los que le lleva al Papa, España perece en la más espantosa miseria, y el gobernador de Madrid (á quien no le agradecerán los mestizos lo que ha hecho), descubre que en esta residencia de los Comillas, los Cubas, los Bustos, los Vadillos y otros dignos representantes de la aristocracia haitiana, hay miserias terribles, desesperaciones tremendas, seres de quien nadie se cuida y que lanzan ayes que no son recogidos en los conventos, ni en las asociaciones religiosas, ni en los palacios donde se conciertan las peregrinaciones.

¿He dicho antes que las noticias de la miseria de Madrid no necesita comentarios? Pues he dicho mal; esas noticias, como las del hambre horrorosa que despierta las comarcas andaluzas, necesita uno; éste, que copio de *La Epoca*:

«Para que el lector se dé cuenta de lo que se come á bordo, consignaré algunos datos estadísticos que, á la verdad, hacen pensar en algo parecido á los *aprestos* para las bodas de Camacho, á los preparativos para las famosas cenas de Trimalción. Allí van algunas cifras:

Roses vivas, 39. Carnes muertas, 500 kilos. Aves, 1.700. Huevos, 16.000. Patatas, 5.000 kilos. De pescado, 1.500. Vino, 12.500 litros. Harina, 110 barriles de 92 kilos. De otros artículos, lo necesario para mantener durante quince días á lo 2.000 peregrinos.

Como se ve, nuestro Leviatán, el enorme *Buenos Aires*, tiene lo que se llama buenas tragaderas.»

Hay quien las tiene mejores: los infelices que aun creen de buena fe en la sobriedad, los sacrificios, y la vida de privaciones que llevan obispos, curas y beatos de mayor cuantía; y más que en esto, en su amor al prójimo y sus sentimientos caritativos.

¡EMBUSTEROS!

El órgano del obispo de Madrid dice que los peregrinos, así como van hoy á postrarse pacífica y humildemente á los pies del Pontífice romano, *irían mañana á morir por él ó á librarle de sus enemigos*; y esto repiten otros periódicos clericales.

¡Embusteros! ¡Más que embusteros! Ni vais á ninguna parte, ni se os importa un comino de la situación del Papa, que, por lo demás, ni está pobre ni preso; en fin, que no sois más que unos vocingleros.

Pues si no lo fuérais y creyéis lo que decís, ¿por qué no habéis hecho nada durante los veinticuatro años que han transcurrido desde el día que le birlaron al Papa el poder temporal, no obstante contar con el auxilio divino?

Cuando se tiene realmente la fe que aparentáis, y se considera como el bien más preciado el morir por la religión, y se cree que el Papa es el representante de Dios en la tierra, y que la privación del poder temporal ha sido un despojo, no se piensa, no se discute, no se escribe, no se cuentan los enemigos, sino que se coge un fusil, se toma el camino de Roma con todos aquellos que piensan lo mismo, y desde que se entra en tierra italiana, ¡pum! ¡pum! ¡pum!, y caiga el que caiga.

¿Que se consigue apiolar á unos cuantos? Aquellos enemigos menos tiene el Papa. ¿Que se pasa hambre y sed? ¿Qué felicidad la de sufrir por la religión! ¿Que se pierde la piel? ¿Qué ganga la de formar en las filas de los mártires! Mírese como se quiera la

cuestión, todos son beneficios para el alma inmortal, por más que no lo sean para el cuerpo pecador.

Hacer lo que hacéis; ofrecer las haciendas al Papa y enviarle unos ochavos; donarle la vida y morir de viejos, es engaño, mixtificación, *mesticeria*.

Así, á callar, ó á hacer algo en consonancia con lo que decís, atajo de chillones y embusteros.

LA PAGA DEL NEO

«Quien da pan á perro ajeno,
dice el refrán español,—
pierde pan y pierde perro»,
y el refrán tiene razón.
Quien de liberal blasona
y al neo presta favor,
no sale mejor librado;
sirva de ejemplo Ribot.
Presentóse de Valencia
en la última exposición
una conmemorativa
lápida de aquel Ripoll
que fué víctima postrera
de la santa Inquisición,
y de beatos y clérigos,
débil cediendo al clamor,
Ribot retirar la lápida
por complacerles mandó.
Quiso luego el Municipio,
de la víctima en honor,
poner su nombre á una calle,
y el acuerdo suspendió.
Hoy clérigos y beatos
contra aquel gobernador,
en injurias se desatan,
logran su destitución,
y así prueban que con ellos
transigir es lo peor,
y que un liberal descuida
su propia conservación,
si un momento solamente
olvida, como Ribot,
que el barro y el neo pagan
el halago con la cox.

DISPAROS

Dijo un periódico que debía concederse la libertad provisional bajo fianza al ex-juez Sr. Rodríguez Zapata, porque sino sería posible que no llegase con vida al juicio oral.

Se le concedió, y no soy yo el que menos aplaude la medida; todas las consideraciones me parecen pocas para el hombre suj to á un proceso, mientras una sentencia no pruebe que es delincuente.

Mas por lo mismo creo que deberían pensar todos, jueces y no jueces, en dar más facilidades para que los procesados pudieran salir en libertad bajo fianza, y en facilitar en lo posible la terminación los procesos, como se ha hecho en ésta del juez.

Juez que acaso á estas horas sienta remordimientos por la ligereza conque en muchas ocasiones habrá dispuesto de la libertad de un infeliz falto de apoyo é influencia.

Sea para todos igual la justicia y sólo de esta manera merecerá el nombre de tal.

Parábola evangélica apañada al gusto moderno:

Había un cura de alto coturno y hasta prelado doméstico de Su Santidad, que tenía en la corte de España un colegio muy productivo

Y ese cura, aunque muy rico, se obstinaba en no pagar á un legítimo acreedor.

Y he aquí que éste, exdirector del colegio, le pidió sus honorarios, según contrato establecido.

Y el ministro de Dios le dió... memorias para la familia; pero ni un sextercio de lo que le debía.

Y entonces el acreedor apeló al obispo, al nuncio, y al Papa, ¡y que si quieress!

Por lo que se dispuso á llevar al moroso ante los tribunales y dar un escándalo mayúsculo.

Resolución que aprobó todo el pueblo fiel.

Porque está escrito: Dad á Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César, y á cada uno lo que haya ganado honradamente.

Y el que abrigue dudas sobre la autenticidad de este texto, puede consultar con cualquier presbítero ilustrado, D. José Salameiro, por ejemplo.

LA CARICATURA

Es el amo. Aquí la ley
que obliga, con él no reza,
y el cerquillo en su cabeza
es la corona de un rey.

Y á todos la luz pidiendo,
y toda luz apagando,
el fraile va prosperando
y la nación pereciendo.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.